

Movimiento ecuménico en España

Luis Ruiz Poveda

Pastor de la Iglesia Evangélica Española.

Es difícil resumir cuarenta años de historia. Mas aún, hacer referencia a los orígenes de un movimiento interconfesional del cual la única bibliografía que existe permanece aún en la memoria vivencial de unos pocos pioneros que, por el tiempo transcurrido, sólo podemos ofrecer algunos retazos de ese paño teñido de sufrimiento y abnegación que cubría el tímido diálogo ecuménico en la década de los cincuenta. La carencia de datos se explica simplemente por su carácter clandestino, dado que ser ecumenista en la época del «Nacional Catolicismo» no sólo aparecía como algo contradictorio y atípico, sino como sumamente peligroso.

Los tímidos contactos entre laicos católicos y pastores protestantes que se iniciaron en Barcelona, eran considerados como delictivos por parte católica y como una traición a la causa evangélica por otros protestantes. Las posturas radicales de unos y otros nos obligaron a celebrar nuestras reuniones a escondidas, en algunos cafés de las Ramblas o en el modesto pisito del Pastor D. Manuel de Vargas, siempre con el temor latente a ser descubiertos.

La vocación ecuménica no nació en España, evidentemente; fue más bien el fruto de experiencias vividas en Europa. Yo recibí parte de mi formación teológica en Ginebra, sede del Consejo Ecuménico de Iglesias, donde tuve la ocasión de participar en encuentros interconfesionales con católicos y ortodoxos que, a diferencia del catolicismo español, no concebían un ecumenismo de «síntesis y antítesis», de un sólo rebaño y un sólo Pastor que fuese concretamente el Papa de Roma. Al con-

trario, su concepción de la unidad de la Iglesia giraba entorno a las palabras del P. Cuturier: «Que se realice la unidad cuándo, cómo y dónde el Señor quiera».

Fue en 1955, cuando a instancias de Juan Misser, y otros laicos católicos, D. Benjamín Heras, yo mismo, y otros laicos protestantes, decidimos celebrar reuniones regulares. En estos encuentros hablábamos más de libertad religiosa, derechos humanos y de intolerancia que de cuestiones puramente teológicas.

La visita a Barcelona de un célebre teólogo ecumenista sueco, el Dr. Gunnar Rosendal, constituyó un paso importante en nuestro peregrinar ecuménico, puesto que se interesaron vivamente algunos monjes de Monserrat, así como el Dr. Manuel Gutiérrez Marín. Se formalizaron los contactos y a nuestro grupo inicial se sumaron otros muchos. Es difícil recordar todos los nombres, pero tampoco olvidar amigos entrañables tales como: Juan y Salvador Misser, J. Desumbila y Juan Gomis, por parte católica y D. Benjamín Heras, Dr. Gutiérrez Marín, y Gil Correa, por parte protestante. He de añadir que, al mismo tiempo, se mantenía una relación epistolar con Carlos Santamaría en San Sebastian; el Pastor Carlos Araujo en Madrid, y muchos otros.

Mantener esta relación epistolar-ecuménica con el resto de España no era tarea fácil. Desvincular lo político de lo religioso, lo civil de lo puramente eclesiástico en el Nacional Catolicismo era prácticamente imposible. Recordemos que en aquel tiempo se entremezclaban artículos del Código Civil y Militar con el Dere-

cho Canónico, y esta situación, no sólo dificultaba el diálogo, sino que resultaba impensable separar la Iglesia del Estado. Consecuencia lógica de esta aberración jurídica era la privación de muchos derechos civiles a los protestantes, llegando a ser considerados como «no españoles», o «ciudadanos de segunda clase». Afortunadamente, los ecumenistas católicos terminaron por solidarizarse con nosotros, e incluso a luchar juntos contra la discriminación e intolerancia de su propia Iglesia.

Mas que el progreso de un ecumenismo espiritual, teológico o de Octavario para la unidad de los cristianos, lo que verdaderamente nos sensibilizó a los protestantes en aquellos primeros contactos fue el espíritu de solidaridad mostrado hacia situaciones concretas de injusticia por los ecumenistas católicos.

Al trasladarse el Seminario Teológico Unido de Madrid a Barcelona, (dado que el Porvenir, donde estaba ubicado, fue clausurado por la policía), la presencia ecuménica de la Iglesia Evangélica Española se vio sumamente reforzada por los estudiantes. Se formó un Centro Ecuménico que llegó a editar un boletín mensual. Dos de los que fueron discípulos míos en el Liceo Francés, Juan Estruch y Carlos Morales, recogieron el «testigo» de nuestra presencia ecuménica en Barcelona y continuaron colaborando activamente con los frailes monserattinos y un cada vez mayor número de católicos.

Para pastorear la Iglesia de Bravo Murillo, 85, junto a D. Jorge Fliedner, me trasladé a Madrid en el año 1960. Aquí el terreno permanecía sembrado de contrareforma y de anticatolicismo. No existía, prácticamente, ningún contacto ecuménico formal. Surgieron algunos encuentros muy privados y personales con Joaquín Ruiz Jiménez, José Luis Aranguren, Juanjo Rodríguez, y el Obispo de Huelva, por imperativos de sus programaciones en Pax Romana. Benito Corvillón, Daniel Vidal y yo mismo, no aceptábamos de buen grado estos contactos por tener la impresión de ser manipulados.

En los años 1962,63,64 aparecieron en escena algunos sacerdotes jóvenes que pretendían contrarrestar ese lapso de tiempo considerable

que llevaban los Catalanes respecto al desarrollo histórico del ecumenismo. Su argumentación era la misma: P. Cuturier: «Cuándo, como y dónde tu quieras», y su preparación teológica, sencillamente extraordinaria. Algunos de ellos habían estudiado en Europa, especialmente en Alemania, y mas tarde llegaron a ocupar importantes cátedras de teología, como Manuel Gesteira, José Luis Díez, los hermanos Prado, y muchos otros. Estos estaban al día en el desarrollo de la teología protestante. Conocían a Karl Barth, R. Bultmann, Heinz Zaharnt, Leenhard, Bonhöffer, y muchos otros traducidos al castellano. Pretendían mantener un diálogo ecuménico-teológico, muy difícil para los protestantes españoles, dada nuestra carencia de hombres preparados por nuestra situación minoritaria. Sin embargo, algunos supieron afrontar el gran reto; hombres como M. Gutiérrez Marín, Alberto Araujo, Daniel Vidal y sobre todo, Gabriel Cañellas.

Por los mismos años, y ya no sólo a nivel puramente teológico, sino también existencial y humano, se iniciaron una serie de encuentros con hombres de una inmensa valía, tales como: Enrique Miret Magdalena, el Padre Díez Alegría, José Luis Aranguren, Alvarez Bolado, y centenares de amigos que sentían como vergüenza propia la anómala situación del protestantismo español.

Desde el Concilio Vaticano II es evidente que la Iglesia Católica se hizo mas abierta y dialogante, aunque esta conversión a la transigencia y tolerancia le costase en ciertos casos sangre, sudor y lágrimas. Se creó en Salamanca la Cátedra de Teología Oriental, y el Padre Sánchez Vaquero fundó el Centro Ecuménico Juan XXIII. También por aquellos años, el P. Julián Gracia Hernando, creó la institución llamada Misioneras de la Unidad, en Segovia (que mas tarde fijó su sede en Madrid).

Los aires nuevos del Concilio Vaticano II permitieron multiplicar los contactos con otras instituciones ecuménicas europeas, especialmente con los Hermanos de Taizé. Yo personalmente los conocí en el Sínodo de la Iglesia Reformada en Nantes (Francia), por ser de ori-

gen reformado. Incluso el Abad, o Superior, fue condiscípulo mío en la Universidad de Ginebra. Además pude convivir varios días en su comunidad.

Como podemos comprobar, de aquel ecumenismo sencillamente vocacional y carismático de los años cincuenta se pasó en pocos años a un ecumenismo institucional y jerarquizado. Y así, en 1966, la Conferencia Episcopal Española creó un secretariado Nacional de Ecumenismo con el fin de «promover, dirigir y coordinar, dentro de la Nación, las relaciones con cristianos no católicos». Fue nombrado presidente Mons. Pedro Cantero Cuadrado. Y el primer contacto oficial lo tuvo en Enero del 67, con el Obispo Ramón Taibo y conmigo mismo, como representantes ambos de las Iglesias pertenecientes al COI. Nunca olvidaré las palabras de presentación de Mons. Cantero: «Queridos hermanos separados, con la humildad que me caracteriza, me presento a vosotros». No nos satisfizo demasiado, por su marcado carácter paternalista que reflejaban un fuerte complejo de superioridad. Aquella actitud no dejaba de ser de «contrareforma» y revelaba el mismo espíritu que semanas más tarde mostró el célebre cura antiprotestante Sánchez de León, que sembró todas las parroquias católicas de tratados furibundos contra los protestantes.

En 1968 se creó el Comité Cristiano Interconfesional, una especie de comisión mixta católico-protestante, de bases muy sencillas y compuesta por dos secretarios: D. Julián Gracia Hernando, por parte Católica y D. Luis Ruiz Poyeda, representando a los protestantes y a la ortodoxia. Aunque ya existía una Comisión de Ecumenismo Espiritual, dirigida por el Padre Albarracín que mantenía relaciones con los ortodoxos.

Es cierto que nuestro Comité se ocupaba del estudio y reflexión de los grandes acontecimientos ecuménicos a nivel internacional; que se seguían fielmente los temarios de las Asambleas Mundiales del Consejo Ecuménico. Sin embargo, dada la situación anómala de las Iglesias protestantes y las enormes carencias contenidas en la Ley de «tolerancia», del 67, su temá-

tica general era extraordinariamente práctica, dedicando la mayor parte de su tiempo a resolver problemas de conciencia, de derechos humanos, de convivencia social, y solución de conflictos civiles de intolerancia.

Gracias a la influencia de este Comité en ciertas esferas sociales, en el Ejército y en la Administración, se pudieron resolver infinidad de problemas puntuales de nuestros jóvenes en el Ejército, de nuestros muertos en los cementerios, de los prometidos en sus procesos matrimoniales, etc.

Paralelamente, el Comité se hacía eco de los diálogos bilaterales que se celebraban entre la Iglesia Católica y las otras grandes confesiones, tales como la Alianza Reformada Mundial, la Federación Luterana Mundial, la Unión Bautista Mundial, y muchas otras. Sus temas eran conocidos y estudiados a nivel universal como el Documento de Lima sobre «Bautismo, Eucaristía y Ministerios», el Documento «Presencia de Cristo en la Iglesia y el mundo», «el ministerio de la Iglesia ante el sufrimiento» y miles de temas de alto interés para el diálogo ecuménico.

Ya en los años setenta, surgió otra clase de ecumenismo que arrinconaba los problemas teológicos y que se mostraba extraordinariamente práctico dedicándose, casi exclusivamente a los problemas de proyección social. Las grandes corrientes migratorias procedentes de Sudamérica, África y Asia, rozaron también nuestra piel de Toro, y dada la enorme carencia de infraestructuras adecuadas surgieron toda una serie de instituciones «no gubernamentales», entre las cuales la Iglesia Evangélica, fue pionera o cofundadora, tales como: CE-AR (Comisión Española de Ayuda al Refugiado), el Colegio Evangélico Juan de Valdés, que se dedicaba a la recepción y ayuda a niños sudamericanos, el Comité Anti-apartheid, y muchas otras ONGS, con las cuales mantenemos una estrecha colaboración.

Tristemente, podemos afirmar que el Pontificado de Juan Pablo II no ha aportado prácticamente nada al ecumenismo; el ecumenismo ha experimentado un serio retroceso y el soplo ecuménico del Vaticano II ya no acaricia con la

misma fuerza el rostro de la Iglesia Católica. Se han conseguido logros evidentes, tales como la realización del Concilio Ecuménico de Basilea; se han consolidado ciertos acuerdos, pero notamos, por parte de cierta jerarquía católica un intento de olvidar el último Concilio y tornar a las viejas tesis de un ecumenismo entendido como «vuelta al redil», «vuelta a la única santa madre Iglesia».

El problema «uniata», las gélidas relaciones del Vaticano con Alexis II, ciertos comportamientos poco ecuménicos de la Iglesia Católica con la Iglesia Ortodoxa Rusa, y otros muchos hechos de intolerancia, nos hacen pensar en una «vuelta a los cuarteles».

Claro que, pese a todas las dificultades, nos conviene recordar que ser ecuménico no sig-

nifica adecuar nuestros comportamientos a los comportamientos mas o menos negativos de los otros. Ser ecuménico es una cuestión puramente vocacional, y en ningún caso significa renunciar a nuestra propia fe. Ser ecuménico supone estar siempre dispuesto a dialogar, amar y respetar al «otro», pero nunca renunciar a lo que somos para que el otro nos considere y nos respete.

El ecuménico no busca el sincretismo religioso, ni una especie de institución universal; él sólo se propone, a través del diálogo, llegar juntos a una profunda y mas completa visión de su Señor Jesucristo.

El hecho de «estar» juntos, supone además un testimonio de «unidad, para que el mundo crea». **A**